

# JORNADAS FEMINISTAS ESTATALES, GRANADA 2009

## LA LUCHA TRANS POR LA DESPATOLOGIZACIÓN, UNA LUCHA TRANSFEMINISTA

Autorxs: Miquel Missé y Miriam Solá

### PRESENTACIÓN

Esta charla quiere poner sobre la mesa la **importancia transformadora que tiene a nivel político reivindicar la lucha trans como una lucha feminista**. Para ello, por un lado, hablaremos del marco teórico-político feminista que permite establecer vínculos con el movimiento trans y crea el caldo de cultivo para el surgimiento de lo que se está llamado “transfeminismo”. Mientras que, por otro lado, abordaremos los principales argumentos de la lucha por la despatologización trans y su vínculo político con el feminismo. Es decir, se tratará de exponer los principales elementos que han generado conflicto entre estos dos movimientos y finalmente tratar de superarlos, de deconstruirlos, de analizarlos para fortalecerlos, acercarnos y sobre todo para aliarnos en una lucha que pensamos que es la misma.

## La fragmentación del sujeto y la apertura del género, un nuevo escenario para las luchas feministas

Autora: Miriam Solá García

En primer lugar, **hoy queremos apostar por entender el género como un dispositivo de poder que impone de forma rígida, violenta y jerarquizada las categorías de hombre/mujer y masculino/femenino con el fin de producir cuerpos que se adapten al orden social establecido**. De esta forma, dicho sistema permite explicar la opresión de todos aquellos individuos que no entran en la bipolarización de los sexos que ha diseñado el patriarcado y transgreden las fronteras de la sexualidad heteronormativa. Queremos partir de que el género, en interacción con la raza, la clase y la sexualidad es un mecanismo poder que se apoya en el patriarcado y en el capitalismo y cuyas presiones afectan de forma directa y específica a las mujeres y a las lesbianas, pero también a otros individuos o grupos que el feminismo tradicionalmente no ha incluido en su sujeto de representación, como las personas trans. Por tanto, la lucha

contra este sistema de opresión implica a todas aquellas que quieran ir más allá del orden patriarcal, contra la heterosexualidad obligatoria, el rígido binomio hombre y mujer, el control del cuerpo por parte del poder, la violencia machista, la patologización de la diferencia o las desigualdades materiales, sociales y simbólicas entre hombres y mujeres, etc.

Defendemos el feminismo como un movimiento comprometido con la libertad, que no teme su desaparición con el cuestionamiento de sus presupuestos más básicos, que genera un pensamiento responsable con la realidad social y una política antidogmática y que tiene un fuerte compromiso con las luchas de las mujeres y con todas las luchas que se han venido dando en contra de ese sistema de opresión que es el género.

Es en este sentido que el feminismo permite establecer coaliciones políticas y objetivos de lucha entre diferentes individuos o grupos que, aunque no se agrupan bajo una misma etiqueta identitaria, comparten historias de opresión por motivos de sexo, género y sexualidad. Es evidente, está claro, que como feministas no nos interesa cualquier lucha llevada a cabo por el colectivo trans, de la misma manera que no nos interesa cualquier lucha llevada a cabo por colectivos de mujeres o grupos de gays y lesbianas, si no incluyen una crítica combativa al sistema de género, al patriarcado y al capitalismo. Es el lugar en el que nos posicionamos frente a una sociedad que utiliza el género como mecanismo de dominio, control y explotación el que nos permite nombrarnos como feministas.

En consecuencia, queremos manifestar la violencia y la marginación que conlleva seguir afirmando a “las mujeres” como el único sujeto del feminismo, sobre todo, si esta categoría es entendida de forma biologicista, excluyente y normativa. Y también demostrar que la apertura es una gran ventaja para las luchas de las mujeres.

El feminismo, tradicionalmente, siempre ha asumido la existencia de un sujeto “mujer”. La existencia de una categoría definible bajo la cual se puede agrupar a todas las mujeres. Aproximadamente, desde los años 80, la idea de “un sujeto del feminismo”, tal y como había sido entendida hasta el momento, puede decirse que ha entrado en crisis. Son muchas las feministas que desde el interior del propio movimiento han dado la voz de alarma y han puesto de manifiesto que esta reducción que ha permitido englobar a las mujeres en una categoría común, posibilitando la unión para la lucha, también ha constituido una fuente de opresión y exclusión.

A la inestabilidad del sujeto del feminismo, al cuestionamiento de la categoría “mujer”, se puede decir que, principalmente, han contribuido dos corrientes críticas: el feminismo postcolonial y el feminismo lesbiano.

1. Crítica feminista postcolonial: una serie de feministas llamadas de “color”, mujeres negras, chicanas, mestizas, asiáticas, etc., manifestaron la carga imperialista y colonizadora de este sujeto “mujer” del feminismo, un sujeto burgués, blanco, occidental y heterosexual. Se denuncia la pobreza de un análisis basado sólo en el género que deja de lado factores que también influyen en la exclusión y dominación como la clase, la raza o la orientación sexual.

2. Crítica lesbiana a la heterosexualidad obligatoria. El feminismo lesbiano también pone sobre la mesa otra de las exclusiones que realiza el feminismo clásico: la de las mujeres lesbianas. Afirman que el feminismo contiene una presunción de heterosexualidad en sus teorías y prácticas políticas, es decir, que es heteronormativo. Gracias a feministas lesbianas como Monique Wittig o Adrienne Rich surge el concepto de heteronormatividad, heterosexualidad obligatoria o pensamiento hetero. Se trata de entender la heterosexualidad no sólo como una práctica sexual sino también como un sistema social, una imposición que el patriarcado realiza mediante los diversos discursos médicos, artísticos, educativos, religiosos, jurídico etc. y mediante diversas instituciones que presentan la heterosexualidad como necesaria para el funcionamiento de la sociedad y cómo el único modelo válido de relación afectiva sexual.

Wittig, va aun más allá, en un congreso en EE.UU., prepara su coctel molotov, afirma que “las lesbianas no son mujeres” en tanto que el concepto mujer siempre se define en relación con el hombre: “Sería impropio decir que las lesbianas viven, se asocian, o hacen el amor con mujeres porque la mujer no tiene sentido más que en los sistemas heterosexuales de pensamiento y en los sistemas económicos heterosexuales”<sup>1</sup>. Las lesbianas, con sus prácticas, desplazamientos, y resignificaciones presentan otras formas de ser en el mundo y no pueden ser definidas como mujeres. El principal objetivo de Wittig es problematizar las identidades que supuestamente se desprenden del cuerpo y de la sexualidad, es decir, cuestionar la continuidad que se cree que existe entre el sexo y el género así como el binomio hombre - mujer.

Por último, Monique Wittig, concebirá a ambos, lesbianas y hombres homosexuales, junto con las mujeres, y a “todos” como “los otros”, las otredades que la heteronormatividad ha situado en la opresión. De esta forma, Wittig, establece una

---

<sup>1</sup> WITTIG, Monique. El pensamiento heterosexual y otros ensayos. Madrid, Egales, 2006.

importante alianza identitaria, basada en la opresión compartida, entre el movimiento gay y lesbiano y el movimiento feminista y abre una profunda brecha en el sujeto de representación política y ontológica del feminismo.

De este universo, en los años 90, emana el pensamiento de Judith Butler, su problematización del género como consecuencia del sexo, su deconstrucción de la categoría “mujer” y su famosa teoría de la performatividad. Para Butler, el feminismo, si de verdad quiere acabar con la violencia, la opresión y la desigualdad que emerge del sistema sexo-género, no debe limitarse a cuestionar los valores sociales y culturales que se derivan del binomio hombre-mujer sino que debe deconstruir la propia dicotomía en tanto que es el marco que permite la opresión.

Sin embargo, esto no quiere decir que toda la teoría feminista producida, o los propios movimientos sociales, vayan en la misma dirección. Al contrario, desde algunos sectores, lo que se ha considerado una “relativización” del género ha sido visto con frecuencia como un debilitamiento de la fuerza política del feminismo. La relativización de las identidades ha creado mucha resistencia entre algunas activistas en tanto que puede atenuar la capacidad de acción de los individuos y de los grupos. Al mismo tiempo que se ha pensado que la apertura del feminismo a otros grupos como los transgénero puede conllevar una disolución de las cuestiones relativas a las mujeres.

A este respecto, nosotras hoy consideramos que cerrar el feminismo a la categoría “mujer” no es necesario para ejercer una acción política efectiva, y que, en cambio, pensar la imperfección de las categorías conlleva una fuerza liberadora y efectos transformadores. En este sentido, nuestro objetivo es demostrar que la apertura del género y del sujeto no puede traducirse en un debilitamiento de la fuerza política del feminismo. Para reflexionar sobre las consecuencias de esta apertura en el feminismo, mi charla se articula en dos ejes: un eje filosófico y otro político-social.

**En el nivel teórico** quiero que tengamos presentes dos elementos que permiten realizar una mediación feminista que no puede ser leída como un freno para la emancipación de las mujeres:

1. Partir de la deconstrucción como un mecanismo crítico de revitalización y no de destrucción. Por ejemplo, con referencia a la categoría “mujeres”, la cuestión no es si debe hablarse o no de las mujeres. No se trata de abandonar el significante mujer o lesbiana. La categoría “mujeres” no se vuelve inútil mediante la deconstrucción sino que es sometida a una crítica donde se cuestionan las operaciones excluyentes y las

relaciones de poder que delimitan el término, ejercicio sin el que el feminismo puede perder su potencial democratizador. Se trata de deconstruir, no de suprimir un término que casi no tenemos más remedio que seguir usando para combatir sus representaciones y efectos normativos en la organización social.

Además que “la mujer” sea tanto el concepto alrededor del cual se ha organizado el movimiento (con el fin de establecer una identidad política y la visibilidad de la desigualdad) y la categoría que es necesario analizar de manera crítica no constituye una contradicción paralizadora sino una fuerza activadora.

2. Por último, se trata de hacernos cargo del surgimiento de una nueva subjetividad feminista y su carácter positivo para las luchas de las mujeres. La deconstrucción de la categoría mujer como el único sujeto del feminismo permite el emerger de nuevas subjetividades en un marco de identidades no estables. Una nueva subjetividad feminista que permite un sujeto fragmentado y estructurado por variables como el sexo, el género, la raza, la clase, la sexualidad, etc.

Pero ¿Cómo se articulan estas variables? ¿Se trata de una subjetividad que implica dar prioridad a la cuestión de la diferencia sexual? ¿Deconstruir la diferencia sexual puede llevar a un ocultamiento de la asimetría entre hombres y mujeres? ¿O a la homologación de las mujeres al modelo masculino? Es evidente que es diferente para una mujer y para un hombre transgredir las normas de género. Por ello, es importante distinguir bien entre estas posiciones de poder dentro de la sociedad, es necesario tener presente la jerarquía entre hombres y mujeres.

Sin embargo, la diferencia sexual, la asimetría de los sexos, no es la diferencia básica sobre la que se apoyan todas las demás. El poder siempre supera e incluye el campo de la diferencia sexual entre hombres y mujeres. Con lo cual, puede que no haya una diferencia primordial o que la diferencia sexual no sea el candidato al puesto de condición primaria de opresión. Digamos que las distintas diferencias cruzadas, los diferentes vectores de opresión, el género, la raza, la sexualidad, la clase, etc., no pueden jerarquizarse de antemano de forma abstracta o generalizada. Pero que la diferencia sexual no sea la diferencia elemental no implica que sea indiferente.

Se trata también de que el género, la sexualidad, la raza y la clase están enredados entre sí, cada uno de ellos se expresa en términos del otro aunque no son lo mismo. Todos estos lugares de opresión se constituyen mutuamente según el contexto. En este

sentido, atender a la conexión de cada uno de ellos permite interpretar el mapa del poder que produce y divide las identidades, trazar las interrelaciones que conectan los lugares de opresión y crear una base para construir alianzas con otros grupos subordinados.

Lo que implica que no es cuestión de relacionar la raza, la sexualidad y el género, como si fueran ejes de poder completamente separables. La separación de estos términos en categorías se basa en operaciones excluyentes que les atribuyen una falsa uniformidad y que sirven a los objetivos reguladores del estado liberal y capitalista. Si en el plano teórico consideramos estas posiciones como entidades separables, la consecuencia práctica es una enumeración continua, una lista cada vez más larga, que separa lo que tendría que estar conectado y que no es capaz de hacerse cargo de las encrucijadas.

Quizá sea necesario como estrategia política intentar articular estos lugares de manera clara de forma temporal al mismo tiempo que intentar dibujar las relaciones que conectan la variedad de identidades dinámicas que el poder nos presenta como diferenciadas y fijas. Sólo así es posible ejercer una acción política efectiva y obtener un mapa amplio de cómo funciona el poder. Puede que también sea relevante saber quién nos escucha o desde qué lugar nos escuchan cuando hablamos como “mujeres” o “lesbianas”. Es decir, cuál es el servicio que hacemos al poder hegemónico reivindicando esa diferencia (en este caso de estar lesbiana, trans o mujer) o qué estamos reproduciendo con ella. De esta forma, podemos desarticular el engranaje de la exclusión y evitar reproducirlo al tiempo que, de forma provisional y como maniobra política, asumimos el riesgo de un esencialismo estratégico que nos permita una voz para salir del silencio y la invisibilidad.

Por otro lado, a nivel político, desde los años noventa diversos movimientos sociales feministas, lesbianos y trans del estado español se están viendo permeados por estas ideas. Estamos asistiendo a la emergencia de una serie de grupos y colectivos feministas que, por un lado, ponen en cuestión que el sujeto político del feminismo sean sólo “las mujeres”; mientras que por otro, llevan a cabo toda una serie de prácticas políticas dirigidas a la transformación social del sistema de género sin la necesidad de establecerse sobre la base de una identidad cerrada. Es lo que se ha venido llamando “activismo social feminista postidentitario” y que en España está representado por colectivos como: LSD, La acera del frente, Mari bolheras precarias, Medeak o Guerrilla Travolaka. Se trata de formas de activismo que muestran que no siempre es necesario

un sujeto unívoco de representación política para articular la resistencia y las posibilidades de cambio social.

Al analizar las prácticas políticas de estos grupos se llega a la conclusión de que la relativización de las identidades no socava la capacidad de acción del movimiento feminista ni contribuye a la invisibilidad de las mujeres. Estos colectivos son una muestra de que el feminismo puede operar como lucha política sin un sujeto que sea único y constante, que la inestabilidad de las categorías identitarias da lugar a una nueva política y que es posible realizar una política de tipo simbólico que no esté desconectada de la realidad, de las condiciones materiales de la vida.

De la misma forma que al considerar las prácticas políticas de la Guerrilla Travolaka se observa cómo, desde un uso estratégico y no esencialista de la identidad trans, se ataca tanto a las instituciones que producen la violencia, la opresión y la discriminación como al universo simbólico que está en el origen de esa dominación: el binomio hombre-mujer. Así, a partir de la deconstrucción de la transexualidad como enfermedad mental y de una visión antiesencialista de la identidad o del sujeto “trans”, la Guerrilla desarrolla toda una praxis social que abre un espacio para una política preocupada por mejorar la vida de las personas. Es decir, muestra cómo salirse del marco de la identidad para hacer política y pensar en términos de intereses comunes, de coaliciones en función de las luchas creando una base para la movilización más amplia y flexible.

A modo de conclusiones se puede afirmar que la política feminista de hecho funciona ya en muchos lugares sin un sujeto que esté basado únicamente en la categoría “mujeres” y sin que esto implique dejar de aludir a las mujeres. Es decir, todos estos procesos no tienen que conllevar que los movimientos sociales identitarios hayan llegado irremediablemente a su final, ni que las políticas identitarias hayan perdido cualquier tipo de potencia transformadora. Sino que la viabilidad y la utilidad de este tipo de maniobras de resistencia y emancipación depende de factores como el contexto, la coyuntura, las necesidades o los objetivos. Pretendo integrar también el reconocimiento de que las categorías de identidad son necesarias como forma de afiliación para la lucha política, al tiempo que admitimos que la crítica de dichas categorías es ineludible como recurso contra todo dogmatismo.

Se trata de seguir planteando la cuestión de la identidad pero no como una entidad uniforme. Hay que evitar que la vigilancia de la identidad ocupe el lugar de la política.

Por ello, me preocupa que para algunos sectores del feminismo parezca que el género, pensado después de Butler, tiene ahora una apertura tal que sirve más para dar cuenta de la especificidad de la opresión y de la violencia que sufren otros grupos sociales subalternos (transexuales, intersexos, *queer*, etc.) que para entender la propia degradación de lo femenino y la asimetría real de los sexos.

Para continuar con la lucha política la teoría feminista no tiene que centrarse tan sólo en determinar asuntos de identidad primaria. El feminismo no es sólo un movimiento identitario sino también para la transformación social de las relaciones de género. Cuando se cuestionan las categorías identitarias se abren nuevas alternativas políticas, un nuevo campo, una nueva forma de política feminista.

Aunque el objetivo sea combatir una opresión, los sujetos siempre se construyen a partir de mecanismos excluyentes que en muchas ocasiones no se perciben y terminan naturalizándose. El empeño de algunos sectores del feminismo de crear un sujeto que sea único y constante tiene consecuencias reguladoras y coercitivas, a pesar de que se haya llevado a cabo como maniobra para la emancipación. Las estrategias esencialistas o identitarias pueden tener significados que sobrepasan los objetivos provisionales para las que fueron creadas, como perpetuar la opresión o el marco que la hace posible. Los fundamentos aceptados sin reservas siempre pueden funcionar como el retorno de las opresiones, sobre todo, si están basados en prácticas excluyentes o en identidades políticas estables. Es como si el feminismo, en algunos lugares, se basara en un programa que con el tiempo está deteniendo al propio movimiento.

Por ello, la apertura del género como sistema de opresión que afecta directamente a otros individuos o grupos que el feminismo tradicionalmente no había incluido en su representación del sujeto no es una amenaza para el movimiento sino su éxito y su riqueza. La suspensión de las fronteras seguras entre los sexos es útil para las luchas emancipatorias de las mujeres porque permite el desarrollo de potentes alianzas políticas para la acción. Además, de todo esto no se deriva que la diferencia sexual sea indiferente, porque no se trata de renunciar a la visibilidad como mujeres, reivindicamos estrategias de lucha identitarias pero queremos proponer también políticas basadas en afinidades, en coaliciones no necesariamente determinadas por identidades fijas. Pero, sobre todo, sin que esto implique dejar de aludir a las mujeres, considerar las asimétricas posiciones de poder de hombres y mujeres en la sociedad, renunciar a una



agenda política que necesita de categorías claras para poder articulase o que se diluyan las opresiones específicas que sufrimos cada una de nosotras como mujeres y lesbianas.

Por todo esto y mucho más, consideramos que el feminismo debe dejar de “patrullar sus fronteras para controlar el cuerpo de la lucha”, cuestionar la normatividad y la exclusión que establecen determinados límites del género y abrir su sujeto de representación política. Pero, también, mantener viva la tensión entre la autocrítica de las categorías identitarias y la lucha política efectiva contra la realidad material y las formas de organización social, desigualdad, violencia y opresión que emanan de esas categorías. La apertura del sujeto es una gran ventaja y una consecuencia “de” y “para” las luchas de las mujeres. El feminismo y las mujeres han ganado en herramientas de lucha, en alianzas, en campo de visión, en amplitud de análisis del poder y en capacidad de transformación social.

### **La lucha por la despatologización trans, una lucha feminista**

**Autor: Miguel Missé**

En segundo lugar, esta ponencia también pone sobre la mesa los principales argumentos del discurso por la despatologización trans y trata de explicar la importancia de la alianza con el movimiento feminista. Desde esta perspectiva la lucha por los derechos de las personas trans y también de las personas intersex debe de ser ante todo una lucha feminista, contra las presiones de género y por el derecho al propio cuerpo. La intención es ir más allá de las categorías hombre y mujer a la hora de buscar aliados y comprender que actualmente las identidades se han complejizado, que la opresión también se ha complejizado y que las experiencias de muchas personas van más allá de este binomio (en este caso, las personas con identidades trans e intersex). En este sentido, quizás sea importante detenerse y hacerse algunas preguntas. Por ejemplo, porque las personas trans buscan con tanta urgencia modificar su cuerpo, porque es a veces vital esa transición y lo más extraño, porque esas personas que transitan se sienten a veces feministas. Se trata de buscar formas de fortalecernos sin invisibilizarnos, de escucharnos, de reivindicar nuestras diferencias y resistir frente a un sistema que nos quiere a todos iguales, aunque para ello sea necesaria la violencia (médica, social, laboral, simbólica). Finalmente se trata de expresar la importancia y sin duda la urgencia de una alianza real entre el movimiento feminista y el movimiento trans, una alianza que se pueda materializar, una voluntad política de abrir los frentes de lucha con

convicción entendiendo que el enemigo está mucho más dispersado de lo que parece. Y que la violencia la vivimos desde muchos lugares, y desde todos esos lugares debemos combatirla. Y que al mismo tiempo que denunciemos el machismo más clásico, denunciemos también las terapias de normalización de género, las reconstrucciones genitales a los bebés intersex, los test de feminidad y masculinidad, y tantas otras cosas.

En esta segunda parte de la exposición abordaremos los principales argumentos de la lucha por la despatologización trans y su vínculo político con el movimiento feminista. Antes es interesante detenerse en comprender la histórica y compleja tensión entre el movimiento trans y el feminismo. Se trata de poner sobre la mesa los principales elementos que han generado conflicto entre estos dos movimientos y finalmente tratar de superarlos, de deconstruirlos, de analizarlos para fortalecerlos, para acercarnos. Para aliarnos en la lucha que pensamos es la misma.

Históricamente en los círculos feministas las y los activistas trans han generado algunas desconfianzas en tanto que se les ha considerado reproductores del binomio hombre-mujer y por tanto, agentes de legitimación de un sistema contra el que se venía luchando. Siguiendo esta misma lógica, muchas veces se ha interpretado la transexualidad masculina y la transexualidad femenina como una traición. En el caso de los chicos trans porque han renegado de su identidad femenina y en el caso de las chicas trans porque llevan consigo los mecanismos de opresión de la masculinidad. A menudo se ha cuestionado la legitimidad de su discurso e incluso su presencia para hablar de lucha contra el heteropatriarcado.

Este argumento que en algunos ámbitos ha sido completamente superado merece la pena abordarlo plenamente porque es desde donde parte una tensión que hoy en día juega en nuestra contra y que nos impide crecer y seguir luchando.

Antes de seguir es importante aclarar que de la misma manera que el feminismo no son las mujeres, el movimiento trans no son las transexuales. El activismo trans, como el feminista, está atravesado por ejes generacionales, de clase, de etnia, de capital social y cultural. El movimiento trans ha dado un giro importante en los últimos años y es interesante comprender en que ha consistido esta transición, transición en parte hacia el feminismo o al llamado “transfeminismo”.

Plantaremos ahora dos cuestiones. La primera es una breve explicación del movimiento transexual y de lo que debemos entender cuando hablemos de estos tránsitos de un género a otro. Y la segunda trata de las ideas de resistencia y

reproducción frente al binomio y de como entender la sexualidad trans como una sexualidad transgresora desde una perspectiva “trans-feminista” (si es que existe).

Hay que entender que las personas transexuales forman una comunidad muy heterogénea que está fragmentada por dos discursos distintos. Por un lado tenemos el discurso “normalizador” que busca la asimilación y la integración en la sociedad en el que los trans hablan de su experiencia como la de una persona encerrada en un cuerpo equivocado. Generalmente estas personas trans hablan de su proceso desde el sufrimiento y legitiman el papel de la psiquiatría como apoyo durante su tránsito. Este discurso, a menudo patologizador, explica la transexualidad desde una perspectiva biologicista, entendiéndola como algo anti-natural y problemático.

Por otro lado y de forma más minoritaria, algunas personas transexuales mantienen un discurso más alternativo y transformador tratando de escapar a la definición psiquiátrica de la transexualidad y visibilizando sus cuerpos para decir que existen otras posibilidades más allá de los cuerpos de hombre y de mujer, y que existen otras identidades que sin duda dinamitan el binomio. Si hiciéramos un análisis sociológico de estos dos discursos casi opuestos veríamos que esta disparidad tiene todo que ver con variables socio-demográficas como la edad, el nivel de estudios, el lugar de residencia o el nivel de ingresos. No todo el mundo puede permitirse un planteamiento crítico con su cuerpo porque muchas veces no ha tenido las herramientas para pensarlo, para pensarse y cuestionarse o simplemente no ha tenido ningún referente en el que basarse. La definición biológica es útil para unos mientras que otros prefieren buscarse más allá del DSM-IV (manual de enfermedades mentales norteamericano donde se encuentra catalogado el trastorno de identidad sexual). Personalmente, me identifico más con un discurso transformador, pero no pretendo con ello ser representativo de la comunidad transexual ni que mis palabras sean consideradas como una versión única y verdadera. Hay mil formas de entender y vivir la transexualidad. Es decir que el hecho de que yo no viva mi identidad con sufrimiento no implica que aquellos que así lo sienten estén mintiendo. Tenemos que saber escuchar esos mensajes y, lo más importante, interrogarnos sobre porque existe ese sufrimiento y sin duda donde se genera ese discurso del sufrimiento trans.

En el seno del movimiento asociativo trans existen ciertas tensiones en torno a la definición de lo trans y sus límites. A partir de cuando se empieza a ser trans y cuando se deja de serlo. He querido señalar esta fragmentación del colectivo porque se acostumbra a funcionar con el estereotipo clásico de la transexualidad “normativa” y se

dejan de lado las otras posibilidades alternativas. Y a la hora de hablar de lucha trans y de feminismo es esencial poner sobre la mesa la diversidad entre las personas transexuales y saber desde que perspectiva trans hablamos y desde que lugar pensamos en la alianza.

Lo que propondremos a continuación es precisamente como puede interpretarse desde la perspectiva feminista que las personas pasen de un género al otro y legitimen de esta forma el binomio hombre-mujer, una transición que ha sido cuestionada de forma muy crítica desde el feminismo. Y entonces surge la pregunta: ¿una persona que nació como mujer y que ha pasado a ser un hombre y reproduce el modelo de masculinidad patriarcal podría ser feminista?

La pregunta está mal planteada. Como hemos dicho anteriormente existen formas distintas de pasar de un género al otro. Algunos de nosotros no somos ni queremos ser hombres ni tampoco mujeres, somos personas que vivimos en un género como el resto de personas en nuestra sociedad pero no pensamos que seamos hombres por el hecho de vivir en masculino. Si solo puedo escoger entre vivir como un hombre o vivir como una mujer, me resulta más fácil hacerlo como un hombre. Eso no quiere decir que sea un hombre, solo quiere decir que dado el sistema social en el que vivo, prefiero una opción a otra, aunque en el fondo preferiría no escoger ninguna. Preferiría vivir buscándome, haciéndome preguntas, vivir dudando sin tener que llegar a ninguna meta, sin punto final en mi recorrido, sin tener que encasillarme. Por todo esto, quizá deberíamos reformular la pregunta y decir algo así como: una persona que nació como mujer y que ahora vive en masculino pero al mismo tiempo trata de resistir a las premisas de la masculinidad patriarcal y visibilizar una identidad distinta, una identidad trans, puede considerarse feminista?

Hay dos conceptos que son básicos para poder abordar esta cuestión y son los de reproducción y resistencia a los roles de género. Estos conceptos no son contradictorios sino complementarios. Es decir se puede reproducir los roles de género y trabajar para resistir y discutir políticamente su significado. Lo que es muy difícil es vivir únicamente resistiendo, sin reproducir masculinidad o feminidad porque no existe un espacio para desarrollar nuestra identidad en nuestro sistema social, nuestro lenguaje nuestra administración pública sin géneros, no existe la posibilidad legal ni social de vivir fuera del sistema hombre-mujer. Digo esto porque a menudo nos preguntan como podemos criticar las presiones de género si al mismo tiempo las reproducimos como hombres o mujeres trans. Y la respuesta es que la reproducción de los roles de género puede ser

acrítica o bien estratégica y consciente, pero existe en todo momento en nuestra vida cotidiana. Nosotros no estamos únicamente reproduciendo masculinidad o feminidad sino que lo hacemos pero cuestionamos el sentido de todas estas prácticas y tratamos de ampliar los márgenes, los límites del género mostrando nuestros cuerpos no-normativos y transformando el lenguaje con el que hablamos. Reivindicamos que no únicamente existen hombres y mujeres, también existen personas que probablemente socialmente necesitan utilizar las etiquetas de hombre y de mujer pero que no se sienten en ningún caso representados por ellas. Trans no debe de ser únicamente sinónimo de reproducción sino también de resistencia.

Sobre la idea de traición de la que hemos hablado anteriormente podemos señalar que históricamente el movimiento feminista ha cerrado sus puertas a mujeres transexuales porque se consideraba que traían consigo una carga de masculinidad implícita y del mismo modo, a hombres transexuales porque reproducían los valores de una masculinidad patriarcal y enemiga. Pero ahora que emergen nuevas formas de transitar y nuevas definiciones de lo trans, quien realmente se siente traicionada por nosotros es la comunidad transexual que nos acusa de ser un obstáculo para la consecución de sus derechos con nuestros discursos contra las categorías de hombre y mujer exclusivas y excluyentes. Dada toda esta complejidad en la que luchamos, pensamos que en la lucha contra el heteropatriarcado es hora de dejar de distanciarnos y empezar a construir redes aliándonos con el movimiento feminista dado que nuestro objetivo último es el mismo: la lucha contra las presiones de género que nos constriñen y nos debilitan, la lucha contra el heteropatriarcado.

Hay tres puntos básicos que son lugares comunes entre el discurso feminista y el discurso trans despatologizador emergente. Por un lado la defensa del derecho al propio cuerpo desde el derecho al aborto hasta el derecho al libre acceso a hormonas y cirugías. O sea que las personas podemos decidir libremente lo que hacemos con nuestro cuerpo y podamos modificarlo sin necesidad de una tutela psiquiátrica y que podamos llevar a cabo estas modificaciones a través del sistema sanitario público. En torno a esta cuestión hay también dos discursos dominantes: por un lado aquel que dice que las operaciones son mutilaciones y son la consecuencia de fuertes presiones de género y que por tanto debemos impedir que se lleven a cabo, y por otro lado aquel que dice que las personas son plenamente conscientes de sus decisiones respecto a su cuerpo y que dichas decisiones son completamente autónomas y deben de ser respetarlas. Frente a estos dos posicionamientos el activismo trans transformador propone una fórmula

intermedia. Se trata de comprender que sin duda existen fuertes presiones en torno al cuerpo, y no únicamente de género, que hacen que las personas necesitemos modificarlo para ser felices. Nuestra utopía, nuestro horizonte es que nadie depende de estos tratamientos para ser feliz, pero también hace falta ser realista y observar nuestro entorno para darnos cuenta de que esta necesidad que puede parecer típica de las personas trans es una necesidad social que todos tenemos y a la vez legitimamos. Modificaciones hay de todo tipo y reversibilidad: hay quirófanos pero también hay peluquerías, zapaterías, tatuajes, cosmética, ropa, etc. Eso no significa que todas estén al mismo nivel, pero si que todos de alguna manera u otra nos customizamos cada día para parecernos a aquellos con lo que nos identificamos. La fórmula que se propone es que teniendo en cuenta existen presiones sociales que deberíamos combatir, debemos también proteger a aquellos que necesitan de una intervención para poder vivir mejor consigo mismos. Ser más permisivos con las estrategias de cada uno para ser feliz en su cotidianeidad, menos paternalistas tratando de pensar que es mejor y que es peor para cada uno. No es contradictorio luchar contra las presiones de género pero a la vez defender la autonomía de las personas sobre sus cuerpos, puesto que son procesos que ya se están llevando a cabo por la sanidad privada. Independientemente de nuestras utopías, hoy en día hay muchas personas que necesitan intervenciones para poder ser felices, y esas necesidades las hemos generado entre todos en un sistema que cada vez más se basa en la imagen, en lo externo y superficial. Así que si por un lado legitimamos estos estereotipos de cuerpo, y unos determinados cánones de belleza, lo honesto sería responder a esa necesidad que se van generando y cubrirla a través del sistema sanitario público. Aunque nuestro horizonte nunca deja de ser luchar contra las presiones y construir una sociedad en la que nadie odie su cuerpo.

El segundo punto de encuentro con las luchas feministas es la reivindicación de la retirada de la mención de sexo de las documentaciones oficiales y la derogación del art.54 de la Ley de Registro Civil del año '57 y aún vigente, que dice que “podemos ponernos el nombre que queramos siempre y cuando no induzca a error en cuanto a nuestro sexo”. Desde la lucha trans se reivindica que desaparezca la mención de sexo de la misma forma que desaparecieron la raza, el estado civil o la profesión de los documentos oficiales. Pero la cuestión es bastante más compleja, hasta que punto el Estado debe de tener información sobre nuestros cuerpos. Se trata únicamente de la eliminación de la mención de sexo en los documentos públicos pero manteniendo esta información el Registro Civil o bien hacer desaparecer también esta información de

registro y de las partidas de nacimiento de modo que el Estado no tenga ninguna información sobre el sexo de sus ciudadanos. Hay que decir que en este instante el Estado tiene dicha información pero podemos decir que es bastante ficticia, sabe con que genitales nacieron sus ciudadanos pero no sabe nada del género en el que viven. El debate está en si es importante o no tener registradas estas informaciones en algún lugar y si debe de ser obligatorio ceder esa información.

El tercer punto es sobretodo una idea que retomamos de Mauro Cabral, filósofo y activista intersex argentino. Él señala que cuando nacen bebés intersex y su clítoris no supera la medida que el clitómetro estima mínima para ser niños se reconstruye automáticamente una vagina. Desde el momento en que no es un órgano que podrá penetrar en un futuro, el bebé es intervenido. Y añade que esta cuestión debería despertar al discurso feminista de inmediato. La intersexualidad es una diversidad corporal que desaparece, o más bien que se quiere borrar a través de la recomendación de abortos terapéuticos o de los tratamientos de normalización binaria. Y mientras algunos trabajan por su extinción otros deberíamos trabajar por su conservación y su empoderamiento.

El cuarto y último es la lucha contra la patologización en la que llevamos trabajando tres años desde distintos colectivos del Estado. Una lucha que el pasado octubre culminaba con una movilización internacional en más de 40 ciudades de todo el mundo. Y lo más excepcional, una movilización que partía de colectivos del Estado. La patologización de la transexualidad es un mecanismo de discriminación que se basa radicalmente en los patrones de un sistema binómico y heteropatriarcal. La patologización es violencia de género, como también lo son los tratamientos a las personas intersex. Y lo es en tanto que la justificación de estos tratamientos es la adaptación a un sistema que cuestionamos. El movimiento feminista y el movimiento trans lo cuestionan desde distintos lugares pero lo cuestionan.

Estos cuatro puntos de lucha son claves para la alianza con el movimiento feminista, herramientas con las que pensar nuestros discursos y nuestras estrategias. Sin duda, hay muchas otras cuestiones interesantes acerca de las que reflexionar, pero hemos pensado que estas eran las más simbólicas y urgentes.

Esta es nuestra propuesta: que nos aliemos para combatir un sistema contra el que ya luchamos, que hagamos un frente común y que seamos conscientes del alcance de las presiones de género, que no jerarquicemos las violencias sino que las tengamos todas en cuenta. Seguramente una de las bases del llamado “transfeminismo” es que la violencia

de género no es la violencia contra las mujeres exclusivamente sino que se materializa de muchas formas distintas y por tanto el sujeto de la opresión no son exclusivamente las mujeres. Esto no es ninguna derrota, ningún freno, al contrario, es una riqueza y es un éxito darnos cuenta de que podemos construir un proyecto juntxs. Hablar de los límites del movimiento feminista identitario no debe suponer una crisis sino una oportunidad. De hecho que estas Jornadas Feministas Estatales se hayan abierto a la perspectiva trans es una gran victoria. Y para nosotros es fundamental que el movimiento feminista coloque en su agenda todas estas cuestiones y las aborde y discuta, las debata y las reflexione. Algunas son más urgentes que otras y para nosotrxs sin duda la despatologización o lo que es lo mismo la retirada del “trastorno de identidad sexual” del próximo DSM es un tema crucial en el que necesitamos vuestro apoyo y vuestra energía.